

CAPÍTULO III.

Descripción del *Omeyocan*.—Gobierno del *Ometecuhlli* y la *Omecihuatl*.—Creación de los dioses.—Generación de los hombres.—El *Ometecuhlli* y la *Omecihuatl* eran deidades toltecas.—Disputa sobre el número de los cielos.—*Miclantecuhlli* y *Mictlancihuatl*.—*Citlaltouac* y *Citlalicue*.—La vía-láctea madre de los dioses.—Comparación de las deidades creadoras en sus diversas teofanías.—Creación de los astros.—Explicación de estas ideas cosmogónicas.—Días dedicados á *Miclantecuhlli*.—Fiesta anual en el *Tlalxico*.—Explicación de este culto nocturno.

Pinta Torquemada el *Omeyocan*, como ciudad gloriosa y llena de deleites, colocada sobre los cielos. (1) Dice que el suelo de esa ciudad, era más alto que los cielos y supremo de ellos, y en ella se gozaba de todos los placeres imaginables y de todas las riquezas del mundo. Supuesta la personificación del elemento material fuego, en las deidades *Ometecuhlli* y *Omecihuatl*, natural fué darles á éstas una residencia con goces materiales. Disfrutaban de todas las riquezas del mundo: éste era el supremo bien para un pueblo materialista, ignorante de los inmensos placeres del espíritu.

Crefan los mexicas, (2) que los dioses creadores, desde el *Omeyocan* gobernaban toda la máquina inferior del mundo, tanto lo visible como lo invisible, influyendo en los hombres, y produciendo en ellos sus inclinaciones naturales. Desde su cielo cuidaban de todo, atalayando desde aquel su asiento las cosas creadas. El *Ometecuhlli*, el dios hombre, obraba en todo el género de varones; y la *Omecihuatl*, la diosa hembra, creaba y obraba en todo el género de las mujeres.

Habiendo hecho por abstracción supremos creadores á estas divinidades, los nahuas debieron hacerlas también autores de sus múltiples dioses. Así contaban, (3) cómo la diosa había parido en el cielo muchos hijos, y después de todos ellos un *Tecpatl* ó pedernal: de lo cual admirados y espantados los otros dioses sus hijos, acordaron arrojar del cielo á dicho *Tecpatl*, y así lo pusieron por obra. Cayó el *Tecpatl* en Chicomoztoc, y sus pedazos se tornaron mil seiscientos dioses y diosas.

Por algún relato de Torquemada, (4) podría suponerse en los indios la idea de que los hombres eran creados en el *Omeyocan*. La partera decía al niño recién nacido: «los dioses *Ometecuhlli* y *Omecihuatl* te crearon, para enviarte á este mundo triste y calamitoso.» La misma partera imprecaba á los creadores, diciéndoles: «te ofrezco, señor *Ometecuhlli-Omecihuatl*, esta criatura que creaste y formaste, y enviaste á este miserable mundo, para que infundas tu virtud en ella.» Antes refiere expresamente el mismo historiador, cómo los dioses *Ometecuhlli* y *Omecihuatl* habían

(1) Monarquía Indiana, tomo II, página 37.

(2) Ibid.

(3) Ibid.

(4) Op. cit., tomo II, páginas 447 y 450.

creado á los hombres en el cielo donde residían. Sahagún expresa la misma idea (1) en otro de los razonamientos de la partera. «¡Oh piedra preciosa! dice ésta al recién nacido, ¡oh piedra rica! ¡oh esmeralda! ¡oh zafiro! fuiste formada donde están el gran dios y la gran diosa, que son sobre los cielos: formosos y creos vuestra madre y vuestro padre que se llama *Ometecuhtli* y *Omecihuatl*, mujer celestial y hombre celestial.» Sin embargo; esta creación de los hombres en el *Omeyocan*, era metafórica: en él residían los creadores, y desde él creaban á los hombres. Bien lo indican los primeros textos citados de Torquemada, y lo confirma el mismo Sahagún, (2) pues en la plática dirigida por uno de los parientes á la preñada, le dice, hablándole de la concepción del hijo que ésta lleva en el vientre: «así lo ha determinado el que reside en el cielo, un hombre y una mujer que se llama *Ometecuhtli Omecihuatl*.»

La explicación de la metáfora encerrada en estos textos es sencilla. El fuego es el creador de todas las cosas, y él da vida al niño en el vientre de la madre. «Decían los toltecas, que de aquel gran señor (*Ometecuhtli*) dependía el ser de todas las cosas, y que por su mandato, de allá (del más alto cielo, del *Omeyocan*) venía la influencia y calor, con que se engendraban los niños ó niñas en el vientre de las madres.» (3) Este texto de Sahagún no puede ser más terminante. A la vez nos revela que tales deidades creadoras ya eran conocidas de los toltecas; lo cual nos trae á una reflexión importantísima.

La representación del fuego creador por los dioses *Ometecuhtli* y *Omecihuatl* era una abstracción, y los pueblos primitivos no tienen ideas abstractas. Así los primeros nahuas no debieron formar á esas deidades. La cultura de los toltecas, ó más bien de los tlalpaltecas, de quienes recibieron su civilización, fué sin duda la creadora de esos creadores.

Curioso es notar, cómo el *Ometecuhtli* y la *Omecihuatl* no tenían templos ni culto especial bajo esta advocación: y uso la palabra advocación, por parecerme propia; y por haberla empleado el Sr. D. Fernando Ramírez. Encuentro solamente el doble *Huehuetotl* del Templo mayor. Pero vemos cómo el fuego creador, bajo otros nombres, tenía *teocallis* y suntuosas fiestas, y era su culto general y solemne entre todos los pueblos de nuestra antigüedad.

Conviene hacer aquí otra reflexión. En los textos citados, tanto Sahagún como Torquemada, ponen la creación del hombre en el duodécimo cielo; y ya hemos visto que el mismo Sahagún coloca al *Ometecuhtli* sobre el noveno, en lo cual va de acuerdo con la pintura del Códice Vaticano. Estas diferencias han dado origen á serias disputas, y se ha buscado el resolverlas con combinaciones inadmisibles. Es, sin embargo, muy sencilla la solución. No todos los mexicas entendían el sentido secreto y misterioso de los jeroglíficos: esta ciencia estaba reservada á los sacerdotes, y no se comunicaba al pueblo. Cuando Sahagún preguntó la cuestión á un indio entendido, éste le dijo que los cielos eran nueve; pero los otros indios, dueños tan sólo de la tradición vulgar, le afirmaron que eran doce. ¿De dónde vino esta contradicción? ¿Cómo nació este error? De la misma pintura reproducida en el Códice Vaticano, ó de otra semejante. Quien no esté en el secreto de su lectura, computará los dos cielos del *Omeyocan*, y contará once; y viendo al *Ometecuhtli* sobre ellos, lo creerá habitador del duodécimo. El mismo intérprete del Códice incurrió en el error, por dividir en dos el *Ilhuicatl-Mictlampa*, y cuenta doce cielos, incluyendo por dos el *Omeyocan*. (4)

(1) Historia, tomo II, página 199.

(2) Ibid., página 166.

(3) Ibid., tomo III, página 111.

(4) Tavola I.—Tavola II.

Nadie ignora, que cuando un error se vulgariza, crece y se modifica; y después ni conocerse puede su origen. Por ser el trece número sagrado, quienes de nuevo habían formado doce cielos, no hallaron inconveniente en aumentar uno más. Sin duda tuvieron también gran culpa de estas contradicciones los primeros escritores, porque no entendieron bien las explicaciones de los indios. Así en la Historia de los mexicanos por sus pinturas, (1) sólo aparecen ocho cielos; y sin embargo, en la misma obra se dice antes, (2) que los dioses creadores «se criaron y estuvieron siempre en el treceno cielo.»

Pero no solamente, con el transcurso del tiempo, adulteró el vulgo el número de los cielos, sino también el objeto de esas mansiones. La misma Historia pone en el primero la vía-láctea, en el segundo las *Tzitzimine*, que según el Sr. Troncoso son los planetas; (3) en el tercero los cuatrocientos hombres creados por *Tescatlipoca*; en el cuarto todos los géneros de aves, y de allí venían á la tierra; en el quinto culebras de fuego, de donde salían los cometas; en el sexto todos los aires; en el séptimo el polvo, y de allí abajaba; en el octavo todos los dioses, y de allí nadie subía adonde estaba el creador.

Siempre junto á la leyenda religiosa pura, se forma la leyenda popular, alteración de aquella: y aquí vemos cómo los mexicas habían substituído por observaciones mezquinas de lo que en la atmósfera se les presentaba más patente, el aire y el polvo, aquella sublime máquina de sus nueve cielos, fiel pintura de la naturaleza en los splendores del día y en las obscuridades de la noche. A pesar de ésto, la idea primitiva y sagrada resistió á las innovaciones, y en los santuarios y en los rituales jeroglíficos se conservó la tradición de los nueve cielos.

Pero si los mexicas creían que el fuego todo lo creaba y á todo daba vida, hubieron de observar igualmente cómo todo lo destruye y todo lo aniquila. Torquemada expresa esta idea, diciendo: (4) que el fuego es dios tan riguroso, que todo lo consume, y que los indios atribuían ésto á su propia virtud; y es así, pues es propia virtud del fuego quemar y consumir todo.

El dios creador fué, pues, el dios destructor: las deidades de la vida lo fueron también de la muerte; y *Ometecuhtli* y *Omecihuatl* mudáronse en *Mictlantecuhtli* y *Mictlancihuatl*.

Mictlan era el lugar adonde iban los muertos. Los cronistas lo traducen por infierno; pero esta voz viene de *micqui* muerto, y del sufijo *tlan* en: en donde están los muertos. Así *Mictlantecuhtli* era el señor ó dios de la muerte, como *Ometecuhtli* era el de la vida.

Esta interesante teofanía está consignada en la pintura III del Códice Vaticano. En la parte superior está el dios *Mictlantecuhtli*, y enfrente la diosa *Mictlancihuatl*, y para expresar el nombre de ésta, tiene detrás la figura de un cadáver, colocado en la posición acostumbrada por los indios. El intérprete dice, hablando de estas figuras: (5) «1. *Miquitlanteculli*, q. d. el Señor del Infierno. *Tzitzimilt*, lo mismo que lucifer.—2. *Miquitecacigua*.» Y antes lo explica diciendo: «En aquel lugar del Infierno creían que estaban estos cuatro dioses, entre los cuales uno era el superior, que llamaban *Zitzimilt*, que era el *Mictlantecottl*.»

Dejando á un lado el error de llamar infierno al *mictlan* y Lucifer al dios que lo presidía, resulta *Mictlantecuhtli* una de las principales deidades, el señor de la muer-

(1) Páginas 256 y 257.

(2) Página 228.

(3) Anales del Museo Nacional, tomo II, página 358.

(4) Monarquía Indiana, tomo II, página 57.

(5) Tavole III e IV.



Mascara de Obsidiana de Miclanteculli.

Coleccion Chavero.

te. Fácilmente nos convenceremos de que era el mismo dios del fuego, si observamos la parte superior de su rostro, la cual es roja; y sobre todo, porque tiene corona ó *copilli*, y ya hemos visto cómo sólo se le ponía á *Xiuhtecuhtli*, porque era el dios supremo. Pero si alguna duda pudiera quedarnos, la desvanecería por completo otra pintura del mismo Códice. En su *Tonalamatl*, en el principio de la décima trecena, concurre el día *ce Ozomatli* con el acompañado *Tlell*, el fuego. (1) Pues bien: en ella el fuego *Tlell* está representado por la imagen de *Mictlantecuhtli*. Allí se le pone con el mismo rostro que tiene éste en la lámina anterior, é igualmente coronado; pues el intérprete dice, (2) que solamente á éste y al creador pintaban con corona: y era porque solamente coronaban al fuego, ya como supremo creador, ya como supremo destructor.

No hubo de ser ésta la única teofanía del dios del fuego. Si el *Ometecuhtli*, la deidad que daba la vida, era una abstracción, lo era también el *Mictlantecuhtli*, el señor de la muerte; y los pueblos prefieren á las abstracciones alguna manifestación material de sus ideas; pues si forman concepciones subjetivas, acostumbran expresarlas por medio de transformaciones objetivas. Pueblo cultor de los astros el nahúa, lógicamente debía personificar en ellos á sus dos creadores. Y así sucedió.

Torquemada dice, (3) que *Ometecuhtli* y *Omecihuatl* fueron llamados por otros nombres: *Citlaltonac*, que quiere decir estrella resplandeciente, y *Citlalicue*, que quiere decir falda ó cauda de estrellas. Tenemos, pues, según este texto, personificada la dualidad creadora fuego en dos deidades astronómicas: *Citlaltonac* y *Citlalicue*. Indaguemos ahora cuáles eran. *Citlaltonac* y *Citlalicue*, por su significación, son á no dudar dos cuerpos astronómicos. Comencemos nuestras indagaciones por el segundo, por *Citlalicue*. «*Citlalicue*, dice Torquemada (4) que quiere decir Faldellín de la Estrella: porque *Cueitl*, es una vestidura de que usan las Mugerres de estas Indias, llamada de los nuestros Nahuas, y son á manera del Faldellín, con que cubren las carnes las mugeres, de el qual usan comunmente.» En efecto: *Citlalicue* ó *Citlalcueye*, quiere decir falda ó cauda de estrellas. ¿Cuál era astronómicamente esta cauda? Por suerte lo sabemos de modo indisputable, pues la voz tiene su traducción desde el Vocabulario de Molina de 1555. Apenas treinta y cuatro años después de la conquista de la ciudad de México, ya ponía Molina en la foja 42 de ese Vocabulario lo siguiente: «Camino de Santiago en el cielo. *Citlalicue*.» En su Vocabulario grande de 1571, repite: (5) «*Citlalicue*, camino de Sanctiago en el cielo.» Rémi Siméon, en su magnífico Diccionario de la lengua nahuatl, (6) traduce *Citlalicue* por vía-láctea. No puede haber, pues, vacilación alguna en ésto. (7)

(1) Página 35 del Códice.

(2) Tavola XXXIV.

(3) *Monarquía Indiana*, tomo II, página 37.

(4) *Ibid.*

(5) Foja 22, vuelta.

(6) Página 88.

(7) No conozco ídolo ó escultura que represente á la vía-láctea como cauda de estrellas: solamente hay pinturas jeroglíficas como las del Códice Borgiano. Sin embargo: en mi colección tengo unos relieves que formaban parte de un hermoso vaso de barro: uno de ellos figura un escudo, *chimalli*, y dentro de él hay una mujer, según parece por la enagua ó *cueitl*, la cual empuña con la mano izquierda la nube ó cauda de estrellas. Tengo además un colgajo ó pendiente de concha, el cual bien pudiera ser representación de la vía-láctea. Tiene una cabeza extraña, que ya parece de animal, ya calavera, y en ella siete agujeritos que semejan estrellas. La cabeza está unida á un cuello curvo con cinco estrellas y dos extremos: el derecho está quebrado; al izquierdo va unido un cuerpo ó cauda todo sembrado de estrellas. De la boca de esta curiosa figura sale el signo de la palabra, símbolo del poder creador.

Pero Rémi Siméon refiere en el mismo lugar esta palabra á la de *Omecihuatl*, y Torquemada en el texto citado agrega, que creían mujer á esta diosa *Citlalicue*. Resulta, por lo tanto, *Citlalicue* ó la vía-láctea, la madre creadora del universo. ¿Cómo pudieron comprender los nahuas su carácter de nebulosa? ¿Acaso alcanzaron cómo los astros nacen de las nebulosas? (1)

Veamos ahora cuál era el astro padre *Citlaltonac*. Según Torquemada, este nombre quiere decir «Estrella que resplandece.» Antes debemos observar cómo por virtud de la dualidad, no bien comprendida por los cronistas, confundieron algunos á *Citlaltonac* con *Citlalicue*. La historia de los mexicanos por sus pinturas dice terminantemente, que *Citlaltonac* (tetallatorras en el manuscrito) (2) es macho; y el intérprete del Códice Vaticano lo confunde con la vía-láctea. Dice (3) que *Citlaltonac* es el signo que se ve en el cielo, llamado camino de Santiago. Y más adelante (4) repite, que *Citallatonalli* (sic) era el signo que aparece de noche en el cielo, llamado vulgarmente camino de Santiago ó vía-láctea. Como hemos dicho, la dualidad produjo la confusión. Cuestiones abstractas y difíciles éstas, ni eran comprendidas por todos los indios, ni aun comprendiéndolas fácil de explicarlas, ni aun explicándolas bien, que pudieran ser exactamente entendidas por los primeros cronistas. De ésto nacieron las contradicciones y las confusiones tan comunes en ellos, en ésta, como en otras materias. Sin embargo: el intérprete del Códice Telleriano Remense, aun cuando siempre va de acuerdo con el del Vaticano, en ésto no incurrió en error, pues dice (5) que *Citlaltonac* y *Citlalicue* crearon y fueron padres de *Quetzalcoatl*, *Huitzilopochtli*, *Tezcaltipoca*, *Yoallitecuhtli* y *Tlahuizcalpantecuhtli*. Ahora bien; éstos eran astros: luego los mexicas creían que los astros habían nacido de la madre nebulosa *Citlalicue*.

¿Pero quién era el padre *Citlaltonac*? El Sr. D. Fernando Ramírez creía, que *Citlalicue* y *Citlaltonac* eran Júpiter y Venus; pero *Citlalicue*, como hemos visto, era la vía-láctea. Los Sres. Icazbalceta y Troncoso llaman á Venus *Citlaltóna*; pero *Citlaltóna* fué el padre de *Quetzalcoatl* ó Venus, según dice el intérprete del Vaticano. (6) Yo juzgo que estas equivocaciones nacen del Motolinía manuscrito, donde se llama á Venus, por error, *Citlaltóna*; error que se confirma, porque allí también se la dice *Totonametl*, nombre del sol y no de Venus, según la muy respetable autoridad de Sahagún. (7) En ésto creo que las confusiones vienen de un error de ortografía, pues el verdadero nombre es *Citlaltonac*. Ahora bien: el sufijo *c* significa *en*, y así dice Molina: (8) *Ilhuicac nemi*, morador del cielo. Por lo tanto *Citlaltonac* quiere decir literalmente: en donde alumbran las estrellas; es decir, el firmamento. De donde resulta que *Citlaltonac* y *Citlalicue*, ó sean el firmamento y la vía-láctea, dieron vida al universo. Esta nueva teoría, presentada *à priori*, sorprenderá; pero ya hemos expuesto fundamentos bastantes de ella. Otros muchos hay: después los conoceremos, por no poderlos adelantar ahora, según el propósito de nuestro método; mas sí presentaremos des-

(1) Los peruanos llamaban polvareda de estrellas á la vía-láctea, y habían dado nombre á varias de sus partes. En la que hoy se llama *saco de carbón*, creían ver los incas á una llama amamantando á su cría. (Garcilaso, Comentarios reales, primera parte, libro II, capítulo 23.)

(2) Página 256. No se necesita gran esfuerzo para conocer la equivocación del copista. No se comprende, por lo mismo, cómo los Sres. Ramírez é Icazbalceta equivocaron los sexos. Total es *citlal*, y torras es *tonac*.

(3) Tavola XI.

(4) Tavola XVII.

(5) Lámina XXII.

(6) Tavola XLI.

(7) Libro VI, capítulo XXXVII.

(8) Vocabulario, foja 37, vuelta. *Nemi* es vivir. *Ilhuicac nemi*, vivir en el cielo.

de luego un procedimiento lógico de comparación, suficiente á convencer á cualquier ánimo demasiado escrupuloso.

Si son teofánfas de la *Omecihuatl*, por una parte *Mictlancihuatl* y por otra *Citlalicue*, es evidente que esta tercera debe ser sinonimia de la segunda. Esta argumentación se basa en el teorema matemático, de que dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí. Para probar la identidad de *Mictlancihuatl* y *Citlalicue*, nos limitaremos á examinar dos pinturas jeroglíficas del Códice Borgiano. En la lámina 28, numeración de Kingsborough, cuadro inferior de la izquierda, se ve una figura con cuerpo de mariposa, con una calavera por cabeza, lo que nos da *Mictlancihuatl*, la diosa de la muerte; pero la misma figura lleva por adorno en su parte superior el signo de la vía-láctea, lo que á su vez nos da *Citlalicue*. La lámina 9, también numeración de Kingsborough, representa una figura extraña: es un cuadrado formado de una cinta de nubes con estrellas, que le sirve como de cuerpo ó cauda, la *Citlalicue*; en sus cuatro ángulos tiene garras; y en el centro de la faja inferior, por cabeza una calavera negra, *Mictlancihuatl*, y por tocado también la nube con estrellas, símbolo de la vía-láctea.

Bastan estos ejemplos para comprobar, á reserva de ulteriores confirmaciones, la identidad de la diosa *Mictlancihuatl* con la vía-láctea.

Acredita á su vez la sinonimia del *Ometecuhtli* con *Mictlantecuhtli*, el llamarse á éste padre y madre en la plática que se dirigía al señor recién electo. Decíanle, hablando de su antecesor: (1) « así se fué para ellos, ya está con nuestro padre y madre, el dios del infierno que se llama *Mictlantecuhtli*. » El padre y madre de los hombres era el dios dos, el creador *Ometecuhtli*; y como se ve, con él iguala este texto á *Mictlantecuhtli*.

Algunas veces aparece diversa su personalidad por la alegoría de las leyendas; pero aun entonces se confunden en una sola por su calidad creadora. Una de esas leyendas, como ya hemos referido, cuenta que *Citlaltonac* y *Citlalicue* habitaban en el cielo, y que ésta parió un navajón ó *tecpatl*, el cual caído del cielo se hizo pedazos, y éstos se convirtieron al punto en mil seiscientos dioses. Expliquemos primeramente este episodio de la creación. Las montañas y la capa rocallosa de la tierra, que á poco de cavarla encontraban, dieron á los nahuas la idea de que nuestro planeta era de pedernal ó *tecpatl*. A su vez consideraron á los astros formados de materia igual á la de la tierra. Llamábase la tierra *tlalli*, y á las estrellas les decían *Citlali* ó tierra resplandeciente. Para los nahuas todos los cuerpos astronómicos eran de igual materia; y de una parte de ella, desprendida de la vía-láctea en multitud de pedazos, fueron formados los dioses; es decir, los astros que pueblan el firmamento. El ser incontables, hizo que la leyenda les diera por número cuatro *zensontli*. Aunque *zensontli* significa cuatrocientos, exprésase con esa palabra una multitud cualquiera. Por ésto se llama *zensontli* á un pájaro que tiene infinidad de cantos. Así, pues, aquí cada *zensontli* de dioses era una cantidad inmensa de astros; y como los indios dividían el cielo en cuatro partes, por eso hicieron salir del *tecpall* cuatro *zensontli*, ó cuatro multitudes de estrellas.

Continúa la leyenda refiriendo cómo creados estos dioses, enviaron un mensajero á *Citlalicue*, para que formase hombres que los sirvieran. Como los hombres no son de piedra, no podían nacer de otro navajón ó *tecpatl*: así, les mandó que fuesen á pedir un hueso á *Mictlantecuhtli*. Hízolo así *Xolotl*: y no bien se lo hubo dado el Señor de los muertos, dió á correr con él; pero tropezó, el hueso se le cayó, y se hizo pedazos, unos mayores y otros menores. De estos pedazos salieron los hombres;

(1) Sahagún, tomo II, página 76.

y como eran de diverso tamaño, por eso los hombres unos son más grandes y otros más pequeños. (1)

Ya ahora comprenderemos por qué á *Mictlantecuhltli* se presentaban los difuntos, (2) por qué creían los indios que producía la peste, (3) y por qué la lechuza *Yao-tequihua*, su mensajera, anunciaba la muerte con su canto. (4)

Y sin embargo de ser *Mictlantecuhltli* dios tan grande, no le encontramos un culto especial, fuera del que se le tributaba en las ceremonias fúnebres. (5) No obstante, le estaban consagrados, el día *Macuilizcuintli*, quinto de la sexta trecena del *Tonalamatl*, (6) y el día *Chicunahuicuetzpallin*, sexto de la séptima trecena, el cual era nefasto. (7) Los meses *Micailhuitontli* y *Hueimicailhuill* dedicados á los muertos, no tenían fiesta para *Mictlantecuhltli*; aunque la fiesta de ambos era al fuego creador, á quien representaba. Encontramos solamente una fiesta anual, con sacrificio, en el mes *Titill*, que en honra de *Mictlantecuhltli* se celebraba. (8) Dentro del recinto del gran *Teocalli* de México, entre los innumerables templos menores, había uno llamado *Tlalxico* y dedicado á *Mictlantecuhltli*. «En este Cu, dice Sahagún, (9) mataban cada año un cautivo á honra del dios del infierno; sacrificábalo en el mes que se llama *titill*: despues que le habia muerto el Sátrapa que llamaban *Tlillanllenamacac*, ponía fuego é incensaba delante la estatua, y eso se hacia de noche.» El cautivo representaba la imagen y semejanza de *Mictlantecuhltli*, aderezado y vestido con los ornamentos y vestiduras de este dios. Del sacerdote dice Torquemada, (10) que se teñía todo de negro para asistir al sacrificio, y que no bastándole la obscuridad de la noche, para parecer negro y obscuro, añadía más negrura con la tinta con que se embijaba.

Algunas observaciones debemos hacer sobre este culto nocturno. Ya hemos vis-

(1) No nos cansaremos de insistir en el hecho natural, de que estas ideas cosmogónicas debieron con el transcurso del tiempo transformarse en leyendas, y llegaron á ser para el pueblo verdaderas tradiciones históricas. Los mexicas personificaron, digámoslo así, la creación de los hombres en la de las razas de ellos conocidas. Según su leyenda, conservada por Mendieta, Historia Eclesiástica Indiana, libro II, capítulo XXIII, página 145, tomaron principio sus generaciones de un viejo *Istacmixcohuatl*, que residía en las siete cuevas llamadas *Chicomostoc*, el cual tuvo de su mujer *Ylancuey* seis hijos: Xelhua, Tenuch, Ulmecatl, Xicalancatl, Mixtecatl y Otomitl. Después explica cómo descendieron de éstos las razas conocidas. Y en este punto va de acuerdo Mendieta con la leyenda conservada por Motolinía en su Epístola Proemial. Para el vulgo de los mexicas esta tradición era la verdad histórica: creían en la existencia de los dos viejos habitantes de Chicomostoc, y que de sus seis hijos descendían los pueblos de su raza ó con ellos emparentados. Y sin embargo, á través de esta leyenda, se ve siempre la misma creencia cosmogónica. El viejo *Istacmixcohuatl* es el creador *Huehuetéotl*: *Ylancueitl* es palabra formada de las voces *Ylama* vieja, y *cueitl* falda; es decir, la vieja de la falda. Como el creador es el dios viejo, la creadora es la diosa vieja; y la vieja de la falda es la vía-láctea.

(2) Sahagún, tomo I, página 262.

(3) Id., tomo II, página 67.

(4) Id., tomo II, página 9.

(5) Tampoco se encuentra un ídolo especial de *Mictlantecuhltli*, si bien lo vemos en varias pinturas y figurado en diversos relieves de importantes antigüedades. Sin embargo: es común hallar en la indumentaria de los antiguos indios, amuletos con los ojos cerrados, símbolo de la muerte, los cuales no pueden tener otra representación que la de *Mictlantecuhltli*. En mi colección tengo un colgajo de la Mixteca con tres de plata, y un bezote de oro que termina con una cabecita de muerto.

(6) Sahagún, tomo I, página 301.

(7) Id., página 305.

(8) Torquemada, tomo II, página 148.

(9) Sahagún, tomo I, página 199.

(10) Torquemada, tomo II, página 148.

to cómo el fuego, *Tlell*, de acompañado de la noche, se representa en el Códice Vaticano con la figura coronada de *Mictlantecuhtli*. El nombre *Tlillantlenamacac* significa el sacerdote del fuego de la negrura ó de la noche; y en las obscuridades de la noche se practicaba este culto. La ceremonia tenía lugar en el mes *Titill*, dedicado á la diosa *Mictlancihuatl* ó sea la vía-láctea. Finalmente: el templo se llamaba *Tlalxicco*, y el dios del fuego tenía también por nombre *Tlalxicteutica*. (1)

Para mí el misterio de esta ceremonia y de este culto, es el fuego que, para hacerla madre productora, se consume y se transmuta en lava-láctea, la cual aparece en el cielo de la noche reina del espacio estrellado *Citlalco*, como la gran creadora del universo.

El nombre del templo *Tlalxicco* merece también algún estudio. No significa, como quiere Serna, (2) «cuyo vientre está lleno de tierra,» ni como dice Torquemada, (3) «en el ombligo ó centro de la tierra.» Éste busca esa etimología para colocar el *Mictlan*, ó el infierno como él lo llama, en el centro de la tierra, de acuerdo con las creencias cristianas; pero no reflexiona en que el ombligo no es una parte interior del cuerpo, sino exterior del vientre; y por lo tanto, la traducción de ombligo de la tierra, jamás podría dar justa idea del centro de la esfera terrestre. Ciertamente *tlalli* significa tierra y *xitli* ombligo; pero hemos visto ya cómo *tlalli* es nombre común á la materia de que están formados todos los astros. ¿No querrá decir entonces *Tlalxicco* astro ombligo? ¿Y no creerían acaso los nahuas, que la vía-láctea, por su forma, era la cuerda umbilical que unía á la creación con el vientre creador? Parece confirmarlo el nombre del mes *Titill*, en el cual se celebraba la fiesta referida en el templo *Tlalxicco*, pues *Titill* significa nuestro vientre: es decir, el lugar de donde salimos, la vía-láctea de donde procedió todo el universo. (4)

La primera de las diez y ocho pinturas del Códice Borgiano que representan á los dioses astronómicos, (5) nos pone de manifiesto, según Fábrega, (6) «un globo negro, en medio del cual queda sentada sobre sus muslos, con brazos y piernas abiertas, una figura azul, de manos y pies amarillos. A estos brazos y piernas sirve de vientre, de cara y de cabeza juntamente, una tinaja de color azul con dos grandes ojos y gran boca; dentro de esta tinaja se nota el rebosamiento de una substancia cenicienta, vertiginosa, llena de vírgulas negras y estrellada que representa los interiores del cráneo ú también de la mente: dos caras *astriformes*, rodeadas de rayos, con lengua bífida saliente, una de las cuales (ó sea la derecha respecto de la figura) es roja, y la otra (ó la izquierda), es amarilla, y entrambas colocadas encima de ese

(1) Serna, Manual de Ministros de Indios, página 317.

(2) Ibid.

(3) Loc. cit.

(4) Hay en el gran salón del Museo un *cuauhxicalli*, publicado en litografía por su antiguo Director el Sr. Dr. Sánchez, en el tomo III de los Anales, página 298 y 299. La figura labrada en la parte inferior del vaso representa á *Mictlantecuhtli*, según el Sr. Sánchez: y es verdad. Pero si se ve el labrado al revés, nos encontramos con que también está figurada en él la *Mictlancihuatl*. La parte convexa de la piedra es semejante á los labrados de la parte también convexa del *Cuauhxicalli* de Tizoc, que representan el cielo estrellado, el firmamento. El todo es, pues, el cielo de la noche con sus dos grandes deidades *Mictlantecuhtli* y *Mictlancihuatl*. Ahora bien: mi estudioso amigo el Sr. Obregón González me ha hecho notar, que rodea y parece que une á todas las figuras esculpidas en la parte inferior de esa piedra, una cinta á manera de cordón umbilical. Yo solamente añadiré, que dicho cordón semeja salir del interior de la gran calavera que representa á la *Mictlancihuatl* ó vía-láctea.

(5) Lámina 10 del Kingsborough.

(6) Página 140.

rebosamiento, representan los ojos intelectuales; los cuales ojos quedan en relación con los exteriores de la tinaja por medio de dos tendones, y estos últimos se unen por arriba, hacia la extremidad anterior del taparrabo, *maxlli*, de un esqueleto invisible casi, que se ve sentado en la parte superior del mismo globo, con actitud semejante á la de la figura descrita ya, y también á la de la cornisa.» Hagamos algunas rectificaciones al relato de Fábrega. La cornisa de la pintura es la vía-láctea, la *Mictlancihuatl*, que con su cauda de astros la rodea, teniendo garras en las esquinas. En la pintura relativa al firmamento se ve una cabeza de águila. El signo *cuauhlli* se refería al dios creador y el *cozcacuauhtli* á la diosa creadora: así estas cuatro garras corresponden á los dos dioses creadores. La escena, pues, pasa en el firmamento nocturno. El globo negro es el cielo de la noche. Pero la figura del centro no es una tinaja, sino una calavera, cuya parte inferior es azul como el firmamento, con los dientes rojos y amarillos, colores del fuego, y cuya parte superior dijérase la materia gris de ese cerebro, y de la cual salen y «se difunden al derredor, según el mismo Fábrega, como si fueran dimanaciones de la misma substancia, rayos ya rectos, ya sinuosos,.....» Todas estas dimanaciones terminan «con una cabeza del carácter *Ehecatl*, viento, aire ó espíritu.» Ésta es una hermosa representación de los dioses creadores, el firmamento y la vía-láctea, dando sér y vida á los astros; y es al mismo tiempo la confirmación de las ideas que hemos expuesto.

Pues bien: si de esta pintura primera pasamos á las quinta y sexta, (1) se ve en cada una de ellas un templo, el cual en las dos, según Fábrega, (2) está cimentado sobre la figura del *Cipactli*. Ésto nos basta para comprender que el suceso referido en cada una de esas pinturas tiene lugar en el firmamento.

En la pintura quinta, de la base del templo, y como formándola, sale una culebra con lengua bífida y con las garras de *Mictlancihuatl*, la cual se va enredando por las paredes y el techo: siendo de notar que sus escamas están formadas con los colores rojos y azul del fuego. En los diversos pisos del templo está significado el firmamento por los símbolos comunes y bien conocidos que tiene la Piedra de Tizoc, y son unas á manera de flores alternadas con estrellas. Aquí están sobre fajas rojas y azules; y el templo es en su parte inferior rojo, y en la superior amarillo, manifestándose en todo los colores del fuego y del firmamento.

En el interior del templo, los dioses creadores sacan sobre el cuerpo de una víctima el fuego nuevo, y parece que se lo ofrecen á una deidad sentada frente á ellos, y que representa á la estrella de la mañana. En la parte superior del templo, á la derecha, se ve á la diosa *Mictlancihuatl*; y á la izquierda, el cuerpo de la culebra se torna en «una cuerda que va uniendo seis caras humanas astriformes en diversa posición y de colores azul, rojo y amarillo alternados.» (3)

En la pintura sexta, como hemos dicho, hay también un templo. «La escalera dispuesta para subir á la meseta superior, (4) se descubre á la izquierda, donde está la fachada y puerta de la capilla, colocada hacia la derecha: sobre ésta se levanta un techo cónico en forma de tienda que tiene 3 fajas amarillas atravesadas y alternadas con otras 4 de listas rojas, amarillas y celestes.» Basta esta descripción de Fábrega, para comprender que aquí también se trata de un acto verificado en el firmamento. A mayor abundamiento, el símbolo ya descrito de éste, adorna los diversos planos del templo.

(1) Numeración de Kingsborough.

(2) Páginas 151 y 154.

(3) 152.

(4) Loc. cit.

«Como á la mitad de la escalera, agrega Fábrega, está sentada una mujer con el aspecto de *Mictlantecuilhua* ó señora del infierno, que lleva en la mano derecha una calavera y una bolsa de incienso en la izquierda.» Ésto es suficiente para entender, que lo que pasa en la pintura sucede bajo la influencia de *Mictlancihuatl* ó la vía-láctea.

En el interior del templo, que es todo rojo, está sentado *Mictlantecuhlli*, y no *Quetzalcohuatl* como cree Fábrega; y una figura de color verdoso, por lo mismo significación de la noche, con lunares blancos en la cara, brazos y piernas, semejanza del cielo estrellado, extiende las manos hacia él. En la parte superior del templo, á la derecha, está tendida *Mictlancihuatl*, bien expresada por su cabeza de calavera y por sus garras; pero aquí su traje es azul como el cielo, y tiene enfrente la representación de uno de los astros, en un fondo azul también de cielo. Sobre ella, en un *techcatl* formado del *Cipactli*, un sacerdote embijado de negro saca fuego sobre el cuerpo de una víctima, y del humo salen dos figuras, una roja y otra azul. Todo simboliza, en nuestro concepto, la creación de los astros.

Igual significación debe tener el grupo que está á la izquierda: «Hacia el ángulo superior izquierdo, dice Fábrega, (1) se observa un círculo de color obscuro (en la pintura de Kingsborough es azul como el firmamento), con ondulaciones al interior é iluminado el exterior; con ojo y boca en la parte inferior: en la parte superior tiene una abertura rojiza triangular, sobre la cual, doblando la rodilla y disponiéndose á saltar en dirección á la derecha, está el mismo *Quetzalcoatl* (es un sacerdote embijado de negro) con segures dentadas en las manos. Otras cuatro figuras extraen sus pies del mismo círculo, vueltas hacia abajo: sus colores son diferentes; á saber: las de la derecha son roja una y azul la otra; las de la izquierda, blanca y amarilla.»

Pues bien: en esta pintura como en la anterior, una culebra, cuya cabeza está en la parte inferior, se va enroscando en las paredes del templo; pero además de los colores azul, rojo y amarillo, tiene en sus anillos como dominante el negro de la noche. A su vez el cuerpo de esta culebra, al llegar al techo, se torna en una cuerda, á la cual están atados nueve signos jeroglíficos, que son significación de nueve dioses astronómicos, cuyos nombres y explicación daremos en su oportunidad. Bástanos por ahora hacer constar, que en estas dos pinturas la culebra que representa á la vía-láctea, se prolonga como un cordón al cual están unidos los astros, como lo está la creatura, al nacer, al cordón umbilical que la ata á la madre.

Estas tres pinturas del Códice Borgiano, para nosotros asombrosas porque descubren hasta dónde había llegado la ciencia de los sacerdotes nahuas, encierran sin duda más de un secreto que no podemos todavía comprender; pero sí nos ponen de manifiesto con gran claridad, la intervención del firmamento y de la vía-láctea en la formación de los astros. Ya ahora se precisa con estas pinturas, concordantes de todas las otras pruebas antes expuestas, cuál es la fórmula definitiva de la creación teogónica-astronómica.

El dios padre, *Xiuhtecuhlli*, el firmamento azul, empleando como fuerza creadora el fuego nocturno *Mictlantecuhlli*, obra sobre la diosa madre, la vía-láctea *Mictlancihuatl*, para que de ella se desprendan los astros, formados de su misma materia, dimanaciones de su substancia, como dice Fábrega.

No se crea que exageramos al exponer tan sublime y profunda concepción: las pinturas jeroglíficas claramente la dicen. Y no llegamos siquiera á ver como Fábrega, el sapientísimo jesuíta, en el cerebro de la *Mictlancihuatl* representados los ojos de la inteligencia. Sí debe pasmarnos, que en los siglos correspondientes á la edad

(1) Página 153.

media europea, cuando la ignorancia más grande era el patrimonio de los castillos feudales, cuando apenas se vislumbraba la ciencia en los monasterios, y aún no aparecían ni los primeros rayos del renacimiento italiano, ya los sacerdotes nahuas penetraban con poderosa imaginación en los espacios celestes, sorprendían los secretos de su portentosa máquina, y formaban una astronomía maravillosa, en la cual basaban los misterios de su religión.

Ya ahora comprenderemos toda la significación de la fiesta que se celebraba en el templo *Tlalxico*. Tenía lugar en las obscuridades de la noche; el sacerdote estaba embijado de negro como esas mismas obscuridades; la víctima, aderezada con las vestiduras de *Mictlantecuhlli*, era símbolo del fuego nocturno; y el sacrificio se dedicaba á la diosa madre, la vía-láctea.

Era la misteriosa conmemoración de la creación de los astros, del génesis de los dioses de los nahuas.